

EN EL NARANJO DE BULNES, TRAS LA RUTA DE SCHULZE

POR JUAN SAN MARTIN

«La fascinación que ejercen los deportes de montaña es debida a que no sólo ponen a prueba las energías del cuerpo, sino también los recursos de la inteligencia, y quizá los mejores momentos que se pasan son aquellos en que se acaba de escapar de un peligro...»

(ARNOLD LUNN)

Día 14 de agosto de 1956: justamente por estas fechas hace dos años que montañeros de diversas regiones de España se agolpaban en la Vega de Urriello para conmemorar el cincuenta aniversario de la primera escalada al Naranjo de Bulnes o Pico del Urriello, por don Pedro Pidal (Marqués de Villaviciosa) y Gregorio Pérez (el «Cainejo»). En el presente se cumple el cincuentenario de la segunda escalada, que la realizó en solitario el geólogo bávaro doctor Gustav Schulze; y al parecer nadie se acuerda de aquella gran proeza, y nosotros, a nuestra manera, hemos querido rendirle nuestro modesto homenaje al pretender llevar a cabo la escalada del Naranjo de Bulnes siguiendo la misma ruta que él empleara, tanto en la ascensión como en el descenso.

Apenas rayó el alba, subíamos sigilosos con mesurado paso la escabrosa pendiente del sombrío Canal de la Celada, donde se acumulan manchones de refulgentes nieves perpetuas. Por debajo, los valles astures grávidos de nubes que, bañadas por la luz matinal, forman un reverberante mar de algodón; y, encima, como sostenida por las paredes de tonos grisáceos, toda una bóveda de zafiro por firmamento.

Cuando emergimos de las sombras del Canal, el rey de los astros nos saluda preludiviendo un hermoso día. Estamos muy cerca del collado de Jou Tras el Picu: desde donde, con una cuerda por compañera penetraremos en el imperio de los abismos, que a Schulze le hiciera exclamar: «Algo de ferocidad había en estas rocas lisas y lúgubres, que me produjeron un sentimiento casi de horror en la soledad que me rodeaba».

En una terraza desplegamos todo nuestro material. A instancias mías, adjudicáronme el puesto de primero. Y, sin vacilar, empiezo por una estrecha grieta a pocos metros más a la izquierda de una excavación (véase la figura 1). Después prosigo aprovechando unos canalizos producidos por la erosión pluvial, que como tubos de órgano, tanto abundan a lo largo de los paredones del Naranjo, sobre todo por su pared meridional, dándole cierto carácter a la montaña, puesto que estiliza de manera especial su escalada.

PYRENAICA

Desde un nicho, me arrimo a la excavación y en varios largos de cuerda prosigo directamente hacia la chimenea. Hacia el final, las llambrias son más verticales y los agarres escasísimos. Para dar acceso a la chimenea es menester superar un pequeño voladizo. Luego, empleando los clásicos estilos, según nos exige la variada anchura que la constituye, nos conducimos a la parte superior del brazo izquierdo del lugar que los escaladores conocen por la «Y». Estos primeros trozos son los que representan los puntos claves de la escalada. No es nada fácil localizarlos y por eso los numerosos escaladores que con guía o sin él, suben a este pico, salvo contadísimas cordadas, todas acostumbran a hacerlo por la cara sur.

Estamos a más de cien metros de altura sobre la terraza. En lugar de efectuar la travesía horizontal de brazo a brazo, lo hicimos bajando hasta el vértice para proceder al escalamiento del brazo derecho, que es mucho más fácil y menos expuesto.

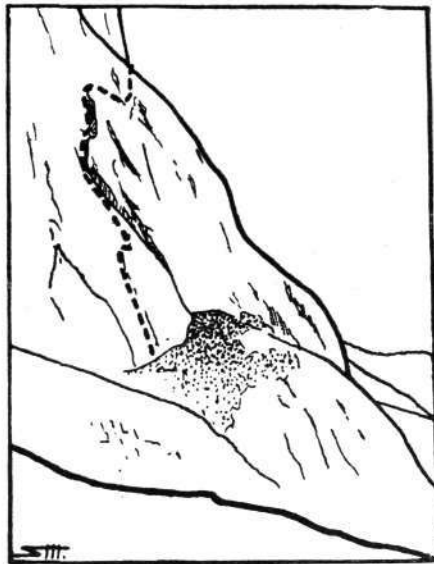
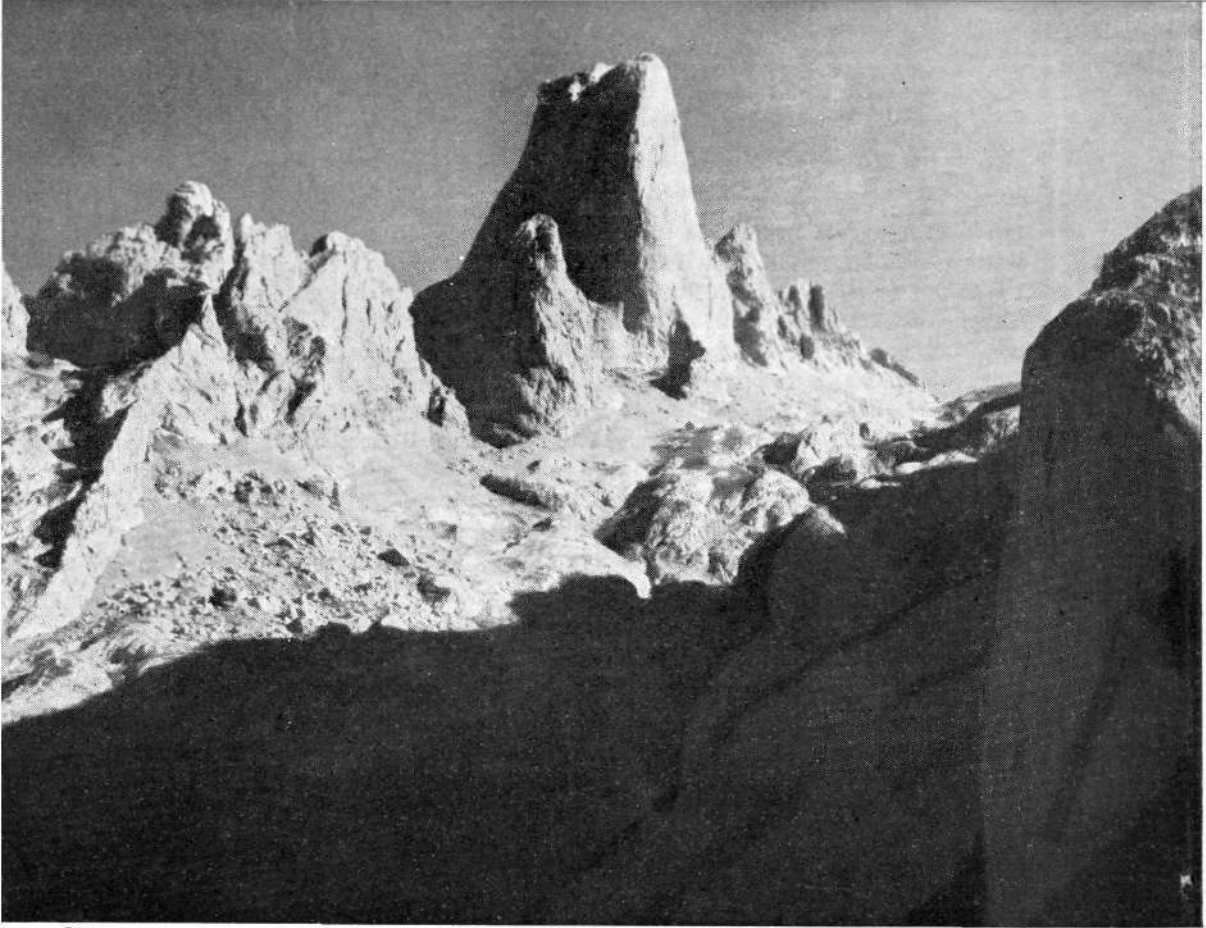


Fig. 1.

De aquí continuamos la travesía en horizontal, que pasando un bloque algo separado de la pared, a seguir algunos metros más en sentido descendente para flanquear una arista, que es bastante delicada y que al extremo opuesto se halla una plataforma segura, no siendo visible hasta llegar a ella. Desde la cual, ya en ascensión vertical, por terreno bastante descompuesto, en un largo de 15 a 20 m. se alcanza la gran cornisa sin ninguna dificultad.

Contando con todo un día por delante, sin apremios de tiempo, queremos disfrutar con lentitud de los placeres de esta interesante escalada. Sentados al borde del precipicio contemplamos el mar de nubes que con sus flujos y reflujos choca contra los acantilados de la Morra de Carnizoso. A veces escapan espumaredas de nubes que al liberarse de la masa huyen rápidas, elevándose con indeterminado rumbo hacia las etéreas salas donde son aniquiladas y absorbidas por las cálidas radiaciones solares; recobrando la at-



El Naranjo de Bulnes desde las proximidades del collado de Acebuco.

(Foto E. Bustamante)

mósfera su nitidez. En la montaña, tales espectáculos son corrientes, pero siempre han de suceder en formas nuevas y gusta el contemplarlo.

La gran cornisa, situada bajo unos enormes extraplomos, tiene un recorrido de unos 80 metros algo descendente, y al final de ella se sitúa la grieta nordeste (ver figura 2). Pero la grieta no se une a la cornisa: está más arriba separada por unos 30 metros, y este trozo constituye lo que se viene conociendo por la «llambría»; según algunos es lo más difícil de esta escalada, pero en opinión de otros la «llambrialina» que se encuentra hacia el final de la grieta, es algo más difícil. Yo creo que todo depende de la fortuna que se tenga al sortear los agarres, que no siempre se consigue cruzar justamente por el mejor sitio y basta con que uno se desvíe medio metro para verse en mayor aprieto.

A propósito, la pulida «llambría» ubica en un patético lugar, puesto que la cornisa termina en un corte vertical de más de 300 m. yendo a parar a la parte inferior de la Canal de la Celada.

Estos pasos, en una mirada tienen tal apariencia de inverosimilitud que uno se resiste en creer que hace 50 años hombres desprovistos de la técnica moderna pudiesen escalarlos. De ahí se comprende que el marqués escribiese: «Al subir por aquellas paredes sentí la emoción divina del escalamiento junto a la emoción humana del escalofrío.»

A medida que subo tanteando paulatinamente los agarres la verticalidad se hace me-

PYRENAICA

nos severa, las presas escasean, no obstante es de esos pasos que siempre vienen a mano en el momento oportuno. Aprovecho dos clavijas abandonadas y sigo mi avance. La parte alta, principios de la grieta, sirve de colador a todas las piedras que caen de lo alto de la grieta y todos los asideros se hallan redondeados haciendo más dificultoso el paso. Queriendo emplear la técnica de la tracción artificial, para mayor seguridad, sería fácil hacerlo, ya que al revés que la rugosa cara sur, aquí faltan agarres, pero sobran rendijas para poder clavar pitones. Pero ello exige un precioso tiempo del que no se puede disponer en una escalada como ésta; y además, el dominio de la escalada libre es la supremacía de este deporte, sin cuyo dominio no puede serse más que un mal escalador.

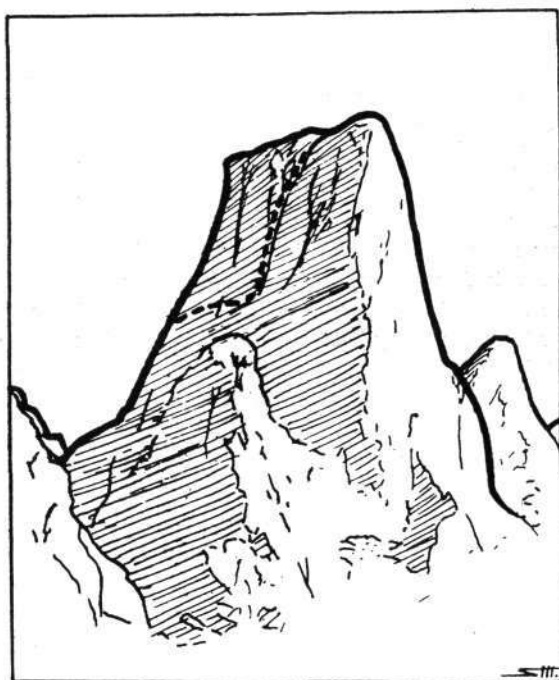


Fig. 2.

Al rebasar las placas alcanzo un reborde donde pudimos relevarnos. La repisa es angosta y al llegar Lusarreta, segundo de cuerda, él se queda allá y yo prosigo hasta una plataforma más confortable. Pero luego el otro extremo de la segunda cuerda no da de sí y el tercero, que es Llanos, se ve obligado a permanecer en una situación poco envidiable junto a una de las clavijas, hasta que Aguirregomezcorta, último de cuerda, llegara hasta él.

Sin esperar a reunirnos los cuatro, vuelvo a emprender la escalada. Dentro de la grieta, o mejor llamaremos corredor, hay una ligera bifurcación para luego volver a juntarse. Aquí debe ser donde el marqués y el «Cainejo» debieron dejar la soga abandonada al descender y Schulze había de pasar inadvertido, no dándose cuenta hasta llegar a su parte alta por la fisura derecha. Yo, a mi vez, lo hago también por la derecha con objeto

de procurar seguir el mismo trazado que el bávaro. Esta grieta en su parte superior recobra una verticalidad asombrosa, pero los agarres son abundantes y esto hace que no sea tan riguroso el paso. Una vez salvado me encuentro en una pequeña cueva o cavidad.

Cuando el tercero llega a la cueva, reanuda la progresión por una grieta en forma de chimenea. He alcanzado bastante altura cuando observo más a la derecha y bastante más abajo una clavija abandonada; la que me pone en dudas si será de alguno que se despistó en la vía o seré yo el que en realidad se haya despistado. De todas formas estoy próximo al paso de la «llambrialina» y será prudente colocar una clavija ahora que me hallo en posibilidades de hacerlo; pues de nada sirve acordarse cuando uno se encuentra apurado en un sitio inestable: las clavijas de seguridad son como la brújula, hay que preverse antes de extraviarse.

Al manipular el material, un mosquetón con clavija se me escapa de las manos y para cuando percato mi torpeza rebotaron en la última plataforma y no volví a percibir más su sonido; siendo tragados por las abiertas fauces del abismo. Que otra podía haber sido nuestra suerte si con torpeza técnica o imprudencia maniobráramos por estas paredes. Después de colocada la clavija sigo trepando hasta una clavija abandonada en pleno paso de la «llambrialina», una clavija muy bien situada que ha de servir para protección de los tres o cuatro metros más difíciles. Paso el mosquetón y luego la cuerda para cruzar tranquilizado un par de metros algo expuestos, hacia la derecha, a coger una fisura. Los diminutos agarres son escasos, los pies se escurren en la pulida placa y por si esto es poco, es el terreno más descompuesto de toda la escalada; sin embargo he debido de tener más suerte que en la «llambria» en localizar pronto y fácil los agarres, pues con entereza y rapidez pude cruzar y seguir con la misma facilidad por la fisura para alcanzar una amplia plataforma.

Cuando Lusarreta llega a la clavija alta, ésta se sale al pretender que le sirviera de agarre. En vista de ello, un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Un fallo o un descuido y... no quiero saber lo que pudo haber ocurrido. No tenía otra clavija hasta diez o doce metros más abajo. Fue mía la imprudencia por no comprobar el estado de aquella clavija abandonada, tal como es norma entre nosotros y esto había de ocurrirme después de catorce años de práctica en la escalada. Quién hubiera pensado encontrar una clavija suelta en un lugar como éste, no obstante..., nunca se debe confiar en nada.

En esta última plataforma nos reunimos todos. Aguirregomezcorta, como siempre, obstinado en no dejar ni una sola clavija en la pared, arrastra con él todas las que encuentra por delante; me compadezco de los próximos escaladores.

El resto de la escalada no parece presentar ninguna dificultad y ascendemos sin acordarnos. Invertimos más de cinco horas en alcanzar la cumbre. Al salir a ella, qué agradable resultaba que nos acariciase el sol que durante todo el recorrido apenas si lo vimos más que sus reflejos en algunas peñas septentrionales y sobre aquella colcha del mar de nubes. Pero al fin estamos en la cima del Naranjo. Al que un día prometí volver para revivir uno de mis mejores recuerdos: y, heme aquí, erguido de nuevo sobre tu cúspide.

Sabido es que el Naranjo es el poseedor feliz de una de las mejores panorámicas de Picos de Europa, y aunque no el más alto sí es el más esbelto, e hizo que dijera Schulze, cuando desde su cumbre contempló a los demás: «...aunque más altos que el Pico, me parecieron como sus vasallos, porque el rey es aquel a quien la naturaleza distingue».

Nos avituallamos y permanecemos largas horas contemplando las fantásticas vistas de aquellas desgarradas crestas y cimas de roca y nieve.

La tarde avanza y con gran pena nos decidimos a dejar la cúspide. Bajamos en diagonal por el gran anfiteatro en forma de embudo, arrimándonos al espolón este en busca de aquel diedro por el que inició su descenso Schulze (vean la figura 3).

Localizamos una clavija y tras un «rappel» de 40 metros nos situamos encima de la cueva. Cuando tratamos de recuperar la cuerda, el nudo de unión de las dos cuerdas se engancha en uno de esos canalizos que tan estupendos agarres proporcionan al trepar y no hay forma de desengancharlo, y lo peor de todo es que la hemos recuperado en par-



Fig. 3.

te. Mientras unos de la cordada nos desesperamos en los intentos de recobrar, para otro esto resulta una verdadera juerga y empieza a cantar a grandes voces; le amenazamos con mandarle arriba a desenganchar, pero ni aun así se enmienda y dice con alegre satisfacción: «Ya era hora de que ocurriera algo. Esto me estaba resultando muy monótono.» Lusarreta, que sube unos quince metros, por fin consigue hacer correr la cuerda y yo suspiro, porque ahora son las horas las que se tomaron prisas y se nos está haciendo tarde.

Sujetamos la cuerda en la clavija colocada allí por Gustav Schulze y en 20 m. de «rappel» estamos en la base de la cueva, entrando ya en terreno que conocía de mi escalada anterior. Otros cuatro «rappels» de 20 m. alternando con ambas cuerdas y estamos en la base del Naranjo cuando empieza a anochecer.

Descendemos por la Canal de la Celada completamente a oscuras y al acercarnos a la parte baja nos juntamos con el tolosarra Antxon Sáez de Basagoitia y algunos montañeros más que venían a buscarnos, todos preocupados ante el temor de que algo nos había sucedido: al acercarnos al refugio de Vega Urriello nos topamos con una hilera de luces. Toda la gente del refugio estaba pendiente de nosotros.